

SEMBLANZA DE MIGUEL OSCAR MENASSA
EN SUS 77 CUMPLEAÑOS

por Norma Menassa

Una ráfaga y el tiempo condensa la historia de una vida en una página.

No habrá poema esta vez, solo semblanza como historia fantástica tejida año tras años y el tiempo que siempre pide más, es un cuerpo desnudo de mujer que se aloja más allá de la piel, debajo de los órganos para desde allí aturdirnos en realidades que no pueden ser atrapadas en ninguna celda, en ningún intersticio, que tienen la libertad de un vuelo.

Decir he conocido cierra todo sentido y la vida se detiene con enojo. Con un cuestionamiento increíble no quedan rastros fijos, sólo un devenir y las diferentes edades marcan diferentes vidas y caen sobre un cuerpo que desde afuera de la escena tiene que soportarlas. Un modelaje de arcilla sobre otro modelaje, una máscara sobre otra máscara tallada que a veces cansada pide que no se acabe el desconcierto.

De su vida anterior no tengo recuerdos pero una vez escribí que lo conocí siendo un adolescente en un bar de la calle Corrientes, en la ciudad de Buenos Aires, cuando aconteció nuestra primera conversación sobre la vida y sobre nuestra incipiente manera de amar, esos tantos amores que marcaron de allí en más nuestra existencia.

Después la vida trajo un remolino y fuimos a parar cada cual a su órbita, diferencias espaciales solamente porque la palabra amistad selló nuestras alianzas y compartíamos encuentros o noticias desde una lejanía que siempre nos separó de la mediocridad y que nos juntaba.

Tuvo la valentía de creer en él y sus ideas fueron siendo realidad a lo largo de su vida. Incansable, trabajador, lleno de ilusiones, cumplió con todas las tareas de la especie, se casó, tuvo hijos, amó a las mujeres y a los hombres que también lo amaron, rompió algunos esquemas familiares, impuso sobre lo establecido su manera de pensar, fue muchas veces un incomprendido.

Aceptó y rechazó, hizo concesiones a lo que la historia le reclamaba: que fuese el traductor del tiempo, el trasmisor de palabras, el que no tenía miedo a vivir, el insaciable marino de océanos y profundidades del alma.

Conoció la soledad, la soledad de la escritura, y también fue un hombre entre los hombres porque siempre vivió acompañado por otros que como él buscaban que aconteciera lo inédito, alguna nueva forma que transformase todas las convenciones.

Las pasiones se apoderaron de él con la frecuencia de lo inesperado y un caos propiciatorio lo arrojaba cada vez a una nueva creación. A veces no podía con tanta humanidad y se enfermaba para salir de nuevo a buscar trabajo todas las mañanas, ya que los gritos de su cuerpo enfermo cantaban en sus versos.

Nunca fue despedido de ningún trabajo, él era el arrojado, el tiempo se convertía en épocas, pero una época se terminaba y comenzaba otra diferente, en realidad fueron notas de un viaje y había en ellas algo inconfundible que no lo confundía.

En plena juventud, con la fuerza que impone la potencia de trabajo, montó una Escuela de Psicoanálisis y Poesía, tuvo sus propias tesis de investigación con la intención de aportar a la humanidad una nueva forma de vivir, de hacer la vida, y le sumó al mismo tiempo la pintura, con la misma pasión que ponía en todo lo que encontraba y de lo que se apropiaba para dejar en ello su marca personal, esa indecible necesidad de hacer su nombre y su apellido. Después vino el cine y el teatro de su juventud se convirtió en letras de guiones, historias dramáticas y comedias que siempre legaban su pensamiento con la insistencia del que no pretende imponerlo a nadie, sino de mostrar que así también se puede, y tantos otros oficios que caían en sus manos que como un orfebre iría modelando.

Amó a sus manos porque eran la representación de sus actos, y la palabra también cayó en sus manos y la usó como remedio para curar los males. Disciplinado, como un imposible dentro de tanto vértigo, pero sometido a una

disciplina y a un orden donde todo podía girar a su alrededor pero nunca se perdió en cada giro, siempre siguió avanzando, con la mira hacia adelante.

Aquí o en cualquier parte.

Las circunstancias y el exilio no pudieron con él, siguió siendo el conductor de los caprichos de sus propios deseos. El reconocimiento nunca le importó demasiado, el acento estaba puesto en su hacer, no quería que el tiempo fuese su patrón sino que desde su lugar de obrero infatigable, él hacía el tiempo.

Su obra poética es una celebración gozosa de la existencia. Sonríe frente a lo irrecuperable del pasado, la intensidad del instante, los sueños realizados y los sueños imposibles, la belleza puesta en la superficie de las pequeñas cosas de la vida, y siempre un pensamiento. El cielo y el infierno fundidos en un solo corazón. El sortilegio de las noches al ritmo de su máquina de escribir, despertaba a las estrellas y un deseo sin límites nunca le dio respuesta. Pero aceptó la falta de respuesta y puso en su lugar la ilusión de un encuentro en el ciego remolino del mundo.

Hoy es su cumpleaños, 77 años y una nueva acogida al misterio de una edad tal vez nunca imaginada. Algunas cosas han cambiado, hay una ciega belleza sin consuelo del mundo, hay una sabiduría que propicia que todo tiene que volver a leerse nuevamente para recrear el pensamiento, anulando cualquier retrospectiva porque todo se vuelve novedoso, propiciando seguir viviendo vivo hasta que el cuerpo terrestre profiera en algún momento, “Déjame Ahora” y reciba como un suspiro desde el borde de sus labios un tenue material de perfume y silencio inaccesible al pudor y todas las distancias se vuelvan una savia extraña corriendo por cada uno de sus versos.